

# Salid de Babilonia

LB

**Jer. 51:6-9, 45; Jer. 51:5; 50:20; Núm. 23:20 y 21; Apoc. 19:7 y 8**

## **Apoc. 14:8 y 18:1-5**

Es el mensaje del segundo ángel, que se repite en el mensaje del cuarto ángel: es el **último mensaje**; no hay otro después de él.

Dice en esencia: **‘Salid de Babilonia’** (la Babilonia espiritual)

- Es una amonestación divina a que su pueblo se mantenga separado de Babilonia.
- Es también un mensaje que –nosotros, su pueblo-, hemos de dar a personas que están aún en Babilonia, a fin de que salgan de ella. Dios las ve ya como siendo “pueblo mío”.

Cuanto más cerca estamos del fin, más importante es comprender en qué consiste Babilonia. ¿De dónde, o de qué hay que salir? ¿Qué es lo que hay que evitar?

Si leéis el libro *‘El conflicto de los siglos’*, comprenderéis que Babilonia **es una institución** compuesta por una madre y por sus hijas. La identificación es inequívoca. Es exactamente tal como el libro dice, y os animo encarecidamente a que lo leáis. Cuanto más avanza el tiempo, más actualidad tiene su mensaje. No basta con “haberlo leído”: ¡*El Conflicto* siempre hay que leerlo otra vez!

Ahora bien, podemos **conformarnos** identificando a Babilonia con una **institución** -o con varias-, y pasarnos desapercibida **la esencia** de lo que constituye Babilonia. Podemos dormirar confiados en que poseemos algún tipo de inmunidad a Babilonia, *puesto que no pertenecemos a ella como institución.*

Pero hay **un problema**:

En **Apoc. 17:5 y 6** leemos que: “[tiene] en su frente un nombre escrito: ‘Misterio, Babilonia la grande, la madre de las fornicaciones y de las abominaciones de la tierra’. Y vi a la mujer embriagada de la sangre de los santos, y de la sangre de los mártires de Jesús: y cuando la vi, quedé maravillado de grande admiración”.

Es decir: Babilonia no sólo alberga y difunde falsas doctrinas, sino que es además un poder perseguidor formidable. Es lo opuesto a Dios: simboliza la capital del reino del mal cuyo dirigente es Satanás, así como la Jerusalem celestial es capital del reino de Dios. La profecía la presenta como ebria de la sangre de los mártires.

Pero cuando **Apocalipsis 18** describe la destrucción de Babilonia, especifica más: da un detalle muy importante (vers. **24**): “En ella fue hallada **la sangre de los profetas** y de los santos, y de todos los que han sido muertos en la tierra”.

Así pues, en Babilonia se encuentra toda la sangre derramada en la tierra, pero se cita a un grupo especial: “la sangre de los profetas”.

Ahora respondedme a esto:

**¿Quién mató a los profetas?** ¿Fueron los filisteos, los caldeos, los egipcios, los asirios...?

La Biblia especifica que al llegar el día de su ajuste de cuentas, *la sangre de los profetas* se encuentra en Babilonia. Pero, ¿quién mató a los *profetas*? ¿Os parece bien que sea el propio Jesús quien responda?

**Mat. 23:37:** “¡Jerusalem, **Jerusalem, que matas a los profetas**, y apedreas a los que son enviados a ti!”

El texto no dice que Jerusalem fuese Babilonia, pero queda claro que Jerusalem (representa al pueblo de Dios) no fue inmune, **no es inmune** al espíritu de Babilonia, puesto que cedió a la persecución, que es el fruto amargo y constante que acompaña invariablemente a la confusión y apostasía de Babilonia.

Nuestro **objetivo hoy no es identificar a Babilonia, la institución**, sino identificar *cuál es el principio fundamental que define a Babilonia*; cuál es la característica básica y esencial, a fin de “salir de ella”.

Puesto que Babilonia representa lo opuesto a Dios, comprenderla correctamente nos ayudará a conocer mejor el camino del Señor, camino al que debemos invitar a quienes demos el mensaje del segundo y del cuarto ángeles de Apocalipsis.

Leemos que “ha caído Babilonia”. Para comprender en qué consiste ese estado de caída espiritual de Babilonia, os propongo que analicemos **cómo cayó la Babilonia literal**.

En el capítulo **4 de Daniel**, Nabucodonosor, rey de Babilonia, da testimonio personal de su conversión. El propio rey refiere su sobrecogedora experiencia. Relata su sueño, la interpretación de Daniel, y su cumplimiento, pero sobre todo *la causa* de todo ello.

Ved cuál era el espíritu del monarca, en el versículo **30** (el **espíritu de Babilonia**):

“Habló el rey y dijo: ¿No es ésta la gran Babilonia, que **yo** edificué para casa del reino, **con la fuerza de mi** poder, y **para gloria de mi grandeza**?”

Evidentemente, Nabucodonosor, en ese punto, no tenía un problema de autoestima baja, pero el Señor tendría que hacérsela conocer a fin de llevarlo al arrepentimiento y permitir que aprendiese “desde el fondo del pozo”.

Le costó andar siete años como los animales y ser temporalmente desposeído de su razón, pero aceptó la lección. La gloria del hombre fue abatida hasta el polvo, se humilló, y aunque no disponía del libro de Apocalipsis, oyó el mensaje de los tres ángeles cuando confesó (vers. **37**): “Ahora yo Nabucodonosor **alabo, engrandezco y glorifico al Rey del cielo** [ya no se engrandecía a sí mismo, no pensaba en su gloria, había perdido todo interés en su propio valor], porque todas sus obras son verdad, y sus caminos juicio; y humillar puede a los que andan con soberbia”.

Como ya predecía el sueño profético del rey (vers. 26), no se trataba aún de la caída de Babilonia, sino de **una advertencia divina**, que fue recibida con provecho por aquel gran monarca. En **Jeremías 25:9**, Dios lo llama así: “Nabucodonosor, rey de Babilonia, **mi siervo**”. Espiritualmente hablando, el que antes fuera orgulloso rey de Babilonia, había “salido de Babilonia”: ¡había escuchado el mensaje del segundo ángel! Aunque físicamente permaneciera allí, había cambiado de capital: ahora pertenecía a la Nueva Jerusalem, y allí esperamos encontrarlo en el día anhelado.

Pero el capítulo **5 de Daniel** nos presenta otra escena, que ocurre en la historia unos 30 años más tarde. El protagonista es Belsasar, nieto de Nabucodonosor.

(vers. 1): Estaba “celebrando”.

(vers. 1-4): La celebración consistía en una fiesta sacrílega en la que se profanaron con altanería y desafío los vasos de uso sagrado sustraídos del templo de Dios.

(vers. 5): aparece aquella mano misteriosa que escribe en lo encajado de la pared (MENE MENE TEKEL UPHARSIN), y que hace que el rey se ponga a temblar.

Una vez más se llama a Daniel para declarar el significado de aquel mensaje críptico. Resultó ser el anuncio solemne de la **caída irreversible de Babilonia**. Pero antes de eso, Daniel hizo saber a Belsasar cuál fue la **causa** de la caída. La Inspiración quiso que se supiera, y quiere que la sepamos nosotros:

(vers. 18-21): Daniel recuerda a Belsasar la experiencia de su abuelo, Nabucodonosor. Leemos en el vers. 20: “Mas cuando su corazón se **ensoberbeció**, y su espíritu se endureció con **altivez**, fue depuesto del trono de su reino...”

(vers. 22 y 23): “Y tú, su hijo Belsasar, no has humillado tu corazón, **sa-biendo todo esto**: antes contra el Señor del cielo te has ensoberbecido, e hiciste traer delante de ti los vasos de su casa, y tú y tus príncipes, tus mujeres y tus concubinas, **bebisteis vino** en ellos...”

*Belsasar empleó las cosas sagradas, dedicadas a dar gloria a Dios, para su propia gloria y exaltación. ¿Veis en qué consiste el **vino que Babilonia ha dado de beber** a todas las naciones? Es el vino de **la exaltación del yo**, el vino del **engrandecimiento personal**. Contra eso nos advierte el mensaje de los tres ángeles.*

¿Qué sucedió inmediatamente después?

(vers. 30 y 31): “La misma noche fue muerto Belsasar, rey de los Caldeos. Y Darío de Media tomó el reino”.

Y se cumplió **Proverbios 16:18**: “Antes del quebrantamiento es la soberbia; y antes de la caída la altivez de espíritu”.

En Apocalipsis 14:8 hemos leído que Babilonia **ha dado de beber a todas las naciones su ideología**, ese principio básico sobre el que opera Babilonia, y así, si vamos a la cadena profética que presenta la **visión** de Daniel junto al

río **Ulai** (cap. 8):

(vers. **3 y 4**): el carnero (Medo-Persia): “engrandeciase”

(vers. **5-8**): el macho cabrío (Grecia): “engrandeciósese”

(vers. **9-11**): el cuerno pequeño (Roma): “engrandeciósese hasta el ejército del cielo”, “aun contra el príncipe de la fortaleza se engrandeció”.

En la visión junto al río **Hiddekel** (cap. 10 y 11 de Daniel) se repite lo mismo:

Dan. **11:36**, hablando de ese mismo poder, representado por el cuerno pequeño: “el rey hará a su voluntad, y se ensoberbecerá, y se engrandecerá sobre todo dios, y contra el Dios de los dioses hablará maravillas...”

O si lo preferís en el lenguaje del Nuevo Testamento (**2 Tes. 2:3 y 4**), “apostasía, hombre de pecado, hijo de perdicción... se asiente en el templo de Dios como Dios, haciéndose parecer Dios”.

Eso no es nuevo. Ya hubo uno en la historia, retrocediendo tan atrás como el registro bíblico nos lo permite, uno que quiso encumbrarse y **ser como Dios**. Naturalmente, esas intenciones iban camufladas bajo una apariencia de adoración a Dios.

*Culto a Baal: el engaño (incluye el autoengaño) de la adoración al yo, camuflada como adoración a Dios. Es el servicio al yo, presentado como servicio a Dios.*

(**Isaías 14:13 y 14**): “Tú que decías en tu corazón: Subiré al cielo, en lo alto junto a las estrellas de Dios ensalzaré mi solio, y en el monte del testimonio me sentaré, a los lados del aquilón; sobre las alturas de las nubes subiré, y seré semejante al Altísimo”.

La primera torre de Babel no se edificó en esta tierra. Se edificó piso a piso en el cielo: en la mente de Lucifer, y *eso sucedió junto al trono de Dios*, que es donde Lucifer estaba. Sabemos que se trata de la rebelión de Lucifer, pero ¿sabéis cómo lo identifica la Biblia? Vedlo en el versículo **4**:

“el rey de Babilonia”.

*Satanás es el rey de Babilonia, y su principio fundamental es el amor y la exaltación del yo, que usurpa y ocupa el lugar de Dios. En el corazón de Babilonia está el “yo”.*

**Mat. 16:21-24:**

Cuando Jesús anunció a sus discípulos sus sufrimientos y su muerte, Pedro reconvino así al Señor: ¡no permitas que te suceda eso!, que es como decirle: ¡ámate a ti mismo! El Señor le respondió: “Quítate de delante de mí, Satanás”. Luego añadió: “Si alguno quiere venir en pos de mí, **niéguese a sí mismo**”. Pedro estaba siendo un instrumento del rey de Babilonia, y Jesús estaba virtualmente respondiendo: “Sal de Babilonia y adhiérete al principio de la cruz”. Es el mensaje que repetirían los ángeles al apóstol Juan en Patmos, una vez que Jesús hubiera ascendido.

En **2 Tim. 3:2** leemos que en los postreros días vendrían tiempos peligrosos, debido a que habría hombres perversos, aunque con apariencia de piedad. Encabezando la lista, figura esta característica: “**amadores de sí mismos**”.

Entended bien esto: los “amadores de sí mismos” tienen “apariencia de piedad”, pero:

“El que se ama a sí mismo es un transgresor de la ley” (*PVGM* 323).

El mundo entero vive hoy bajo ese principio, el de amarse a uno mismo, el de confiar en el yo, la búsqueda del beneficio propio, adular y recibir adulación, la promoción personal, el refuerzo del “ego”.

Por desgracia, eso **no es monopolio de ninguna institución**. Es un principio que nuestros primeros padres permitieron que Satanás introdujera en la raza humana, que infiltra nuestra propia naturaleza.

Esto es lo que un día encontré al curiosear en la ‘Guía personal abreviada de procedimientos’ de una joven médico de guardia que trabajaba en el mismo hospital que yo:

“Autoestima:

Soy consciente de que soy una [persona] [fabulosa] (aquí ponía otra cosa equivalente)

Tengo grandes valores

Puedo conseguir lo que me propongo

Cuando llegue a la meta intentaré ser humilde

Pero ahora la inseguridad no me beneficia en nada.

Repetirlo cada 8 horas, 3 veces, frente al espejo”.

La sociedad actual trata sus males con esa medicina, que podríamos llamar “extracto de Babilonia”. El mundo en el que vivimos valora la afirmación personal, la confianza propia, el orgullo de sí, el amarse a uno mismo. La *humildad* y la *negación del yo* **no son valores apreciados** en el mundo competitivo de hoy. Lo digo con todo respeto: creo que el Señor Jesús no habría obtenido buenas calificaciones en las **pruebas psicotécnicas** que nos hacen cuando aspiramos a un puesto en el mercado del trabajo, porque parte de lo que valoran esos cuestionarios es nuestro amor al yo, y Jesús no se distinguió por eso, puesto que si se hubiera amado a sí mismo tenía tiempo para quedarse en el cielo, en lugar de venir a salvarnos.

Pero en **Fil. 2:5-8**, leemos:

“Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús: el cual, siendo en forma de Dios, no tuvo por usurpación ser igual a Dios: sin embargo, se anonadó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres; y hallado en la condición de hombre se humilló a sí mismo, hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz”.

La idea de Babilonia del amor y exaltación del “yo” es una perversión del sublime principio divino. Es un desafío al gobierno de Dios, gobierno que está basado en su carácter de amor abnegado, un amor que se humilla, que no duda en sacrificarse. Vemos la **negación del yo** manifestada en el don eterno de su Hijo unigénito a los hombres: el **principio de la cruz** que caracteriza al evangelio eterno. Es lo contrario a la torre de Babel: no trepa, sino que desciende (condesciende). Leemos en **1 Cor. 13:5** que “el amor...no busca *lo suyo*”.

*El mensaje de los tres ángeles pone en contraste la adhesión a ese principio del amor abnegado de Dios, versus la aceptación del principio satánico:*

*esa perversión en la que el amor confunde su objeto, y en lugar de amar a Dios sobre todas las cosas y amar al prójimo como a sí mismo, se ama a sí mismo. Es la complacencia del “ego”, el egoísmo, el engrandecimiento del yo. Todo ídolo y toda idolatría es en realidad una forma de adoración al “yo”, y debido a la paternidad de ese principio, es una forma de adoración a Satanás.*

Es muy improbable que el diablo nos pida que lo adoremos a él directamente. Para tenernos por súbditos legítimos suyos le basta con que adoremos cualquier cosa que no sea Dios, especialmente si se trata del “yo”.

- **Marca de la bestia:** principio de la **exaltación del yo** (Apoc. 13:8).
- **Sello de Dios:** principio del **amor abnegado, negación del yo**, principio de “la **cruz**” (Apoc. 14:1).

Leo en el *CBA vol. 7, Comentarios de E. White sobre Apoc. 7*, que trata del sello de Dios:

“¿Qué es el sello del Dios viviente que se coloca en las frentes de los suyos? Es una marca que pueden leer los ángeles, pero no los ojos humanos, pues el ángel destructor debe ver esa marca de redención. La mente inteligente ha visto **la señal de la cruz del Calvario** en los hijos y las hijas que el Señor ha adoptado” (p. 980).

Quizá os estéis preguntando: ¿No tiene esa marca relación con la controversia sábado -- domingo como día de reposo? –Ciertamente: al 100%.

- **Domingo:** hijo de una institución humana que, en demostración de su propia exaltación y autoridad, cambió el verdadero día de reposo y adoración instituido por el Señor, poniendo en su lugar uno falso instituido por el hombre (de pecado) en homenaje al sistema religioso que representa. Es una perfecta expresión y símbolo de la exaltación del yo, del “engrandecimiento” humano. Leemos en Daniel 7:25: “hablará palabras contra el Altísimo... pensará en mudar los tiempos y la ley”, y en 8:9 y 10: “engrandeciéndose hasta el ejército del cielo... aún contra el príncipe de la fortaleza se engrandeció”.
- **Sábado:** es el reposo del creyente, el reposo de la *fe en la obra perfecta del Señor Jesús, en la creación y en la redención*. No es la exaltación de la obra del hombre, puesto que la institución del sábado como día de reposo no es obra del hombre, sino de Dios. Quien guarda el sábado de Dios, expresa su humildad al poner toda su confianza en la obra de Dios. El sábado es el perfecto símbolo de la dependencia percibida por el creyente hacia su Creador y Salvador Jesús. Quien guarda el sábado del Señor, da fe de que su salvación es por la *sola gracia*, y la recibe por la *sola fe*, de acuerdo con lo que dice la *sola Escritura*. Está adorando a Dios, el Creador y Redentor, y le está dando honra.

En el terreno espiritual, la expresión máxima de la exaltación del yo es la **salvación por las obras**, en sus innumerables versiones, casi todas ellas pretendiendo ser “justificación por la fe”. Por contraste, **la auténtica justificación por la fe** en el Redentor, **lleva el sello de la cruz**, y es lo opuesto a la exaltación del yo propia de Babilonia. Es la humildad, en contraposición con

el orgullo.

“Varias personas me han escrito preguntando si el mensaje de la **justificación por la fe** es el mensaje del tercer ángel, y les he respondido: ‘**Es ciertamente el mensaje del tercer ángel**’” (Ev 143).

“¿Qué es la **justificación por la fe**? Es la obra de Dios que **abate en el polvo la gloria del hombre**, y hace por el hombre lo que este no puede hacer por sí mismo” (TM 456).

*La justificación por la fe abate en el polvo la gloria del hombre, mientras que Babilonia edifica el “ego” para gloria del hombre.*

¿Significa lo anterior que en el reino de Dios **desaparece la autoestima**? Sí y no. Depende del sentido que le demos a esa autoestima. Yo prefiero llamarle respeto a uno mismo, puesto que tiene un sentido radicalmente distinto a lo que el mundo llama autoestima: tiene como única base el que hemos sido creados y redimidos por Cristo –es decir, el amor que Dios tiene por nosotros–, y eso no nos distingue, no nos exalta, sino que nos iguala con todos los componentes de la raza humana. Cuando nos concedemos valor basado en algo que **nosotros** hemos logrado, en algún pretendido mérito personal que **nos distingue** de otros, en ese punto tenemos el mismo problema que convirtió a Lucifer en Satanás, aunque no lo estemos repitiendo cada 8 horas delante del espejo, y aunque estemos al lado del altar de Dios. Si hacemos así, estamos confiando en la carne, y necesitamos hacer lo mismo que nuestro padre Abraham, uno de los primeros que oyó el mensaje: “sal de Babilonia” (Ur de los caldeos), y aprendió finalmente a vivir humildemente en la senda de la fe, desconfiando de la carne y confiando enteramente en toda palabra que sale de la boca de Dios.

Terminamos con la lectura de un fragmento de la predicación de A.T. Jones, uno de los pastores que el Señor eligió para presentar el mensaje de la justificación por la fe en el contexto del tiempo del fin, tal como aparece en *General Conference Daily Bulletin* n° 18, p. 129 - Asamblea de la Asociación General de 1893-. Es una alegoría del gran Día que esperamos:

“En ese día habrá dos grupos. Ante la puerta cerrada, algunos querrán entrar, y dirán: -'Señor, ábrenos; queremos entrar'. Alguien les preguntará: '¿Qué habéis hecho para entrar aquí? ¿Qué derecho tenéis para entrar en la heredad?’

-'Te conocemos bien. Hemos comido y bebido en tu presencia; tú has enseñado en nuestras calles. Sí. Además, hemos profetizado en tu nombre, y en tu nombre hemos echado demonios, y hemos hecho muchas maravillas. Señor, ¿no es esa evidencia suficiente? Ábrenos la puerta'.

¿Cuál es la respuesta? "Apartaos de mí, obradores de maldad". ¿Cuáles fueron sus razones? *Nosotros* hemos hecho muchas y grandes cosas. *Nosotros* somos buenos. *Nosotros* somos justos. Ábrenos la puerta.

Pero allí de nada vale el '*nosotros*'.

Habrà otra compañía en ese día, una gran multitud que nadie puede contar, de entre toda nación, tribu, pueblo y lengua, dispuesta a entrar por las puertas. Y si alguien les pregunta, '¿Qué habéis hecho para entrar aquí? ¿Qué derecho tenéis para entrar en la heredad?', su respuesta será:

-Oh, no he hecho nada en absoluto para merecerlo. Soy un pecador, dependiendo sólo de la gracia del Señor. Era tan desgraciado, tan rematadamente cautivo, estaba en tal esclavitud, que nadie hubiese podido librarme, excepto el Señor mismo; tan *miserable* que todo cuanto podía hacer era tener al Señor siempre a mi lado para consolarme; tan *pobre* fui que tuve que pedir constantemente al Señor; tan *ciego* que sólo el Señor pudo hacerme ver; tan *desnudo* que nadie pudo vestirme, sino el Señor mismo: Todo cuanto puedo aducir es lo que Jesús ha hecho por mí. Pero el Señor me ha amado. Cuando en mi desesperación clamé, él me libró; cuando en mi miseria busqué amparo, él me consoló sin cesar; cuando en mi pobreza le pedí, él me dio riquezas; cuando en mi ceguera le pedí que me mostrara el camino, él me llevó a todo lo largo de la senda, y me hizo ver; cuando estuve tan desnudo que nadie podía vestirme, me dio este manto que llevo puesto; y así, todo cuanto puedo presentar, lo único que me permite la entrada, es nada más que lo que él hizo por mí. Si eso no es suficiente, entonces me quedaré sin entrar, y eso me parecerá justo. Si soy dejado fuera, no tengo ninguna queja que hacer, pero ¡Oh!, ¿acaso eso no me dará entrada en la heredad?

Pero una voz dice: 'Hay personas muy particulares aquí, y querrían estar satisfechas con cada uno de los que entren aquí. Tenemos a *Diez* examinadores. Cuando consideran a un hombre y dan el visto bueno, entonces puede pasar. ¿Estáis dispuestos a que examinen vuestro caso?' Entonces responderemos: -'Sí, sí. Estoy dispuesto a pasar el examen que sea necesario, puesto que incluso si soy dejado fuera, no tendré queja alguna: dejado a mí mismo, estoy perdido de todas maneras'.

'Está bien, llamaremos a los Diez'. Al llegar estos, declaran: -'Sí, estamos perfectamente satisfechos con él. La liberación que obtuvo de su esclavitud es la que trajo nuestro Señor; el consuelo que siempre tuvo, y que tanto necesitó, es el que dio nuestro Señor; las riquezas que posee, todo cuanto posee, pobre como estaba, es lo que nuestro Señor le dio; y la vista que recibió en su ceguera, es la que el Señor le dio, y sólo ve lo que es del Señor; y desnudo como estaba, esta vestidura que lleva es la que el Señor le dio: el Señor la tejió, es toda ella divina. Es sólo Cristo. Sí. ¡Que entre!'

[En ese momento, de forma espontánea, dos o tres en la sala se pusieron en pie, y comenzaron a entonar un himno, al que toda la congregación se añadió en seguida. La letra dice así: "Jesús pagó el precio / todo lo debo a él / el pecado había dejado una mancha carmesí / él la hizo blanca como la nieve"]

Entonces, hermanos, sobre las puertas se oirá una voz como el canto más dulce que se pueda imaginar, la voz llena de simpatía y compasión del Salvador, diciendo: '¡Venid, benditos de mi Padre! ¿Por qué estáis fuera?' Y las puertas se abrirán de par en par, y "de esta manera os será concedida amplia y generosa entrada en el reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo" (2 Ped. 1:11).